

DIARIO DE MURCIA.

Sale todos los dias excepto los lunes.—Se suscribe en Murcia, en la libreria de Carles Palacios á 6 rs. cada mes y 8 fuera franco de porte.—Los anuncios se insertarán á medio real por línea.

PARTE OFICIAL.

Orden de la plaza del 31 de Julio de 1851.

Servicio para mañana, el que está prevenido y por los mismos cuerpos.—Gefe de dia, el Teniente Coronel graduado segundo Comandante de la Reserva, D. Serafin Aymat.—Hospital y provisiones, Jaen.—A las siete del dia de mañana pasarán revista de Comisario la fuerza del ejército, partidas sueltas, que haya en comision, y Guardia civil de ambas armas ecistentes en esta capital; todos en la plaza del cuartel de la Trinidad.—El General, Comandante General: P. Musso.—Es copia: El Secretario interino, José Navarrete.

El hombre es el ser mas perfecto de la creacion.

Sujeto como los demas á las leyes de la naturaleza, es igual á ellos; en nada se diferencia del resto de la escala animal. No asi en la parte moral, su inteligen-

FOLLETIN.

GENOVEVA. HISTORIA DE UNA CRJADA.

POR

A. de Lamartine.



(CONTINUACION.)

—Genoveva, me dijo al fin ¿mi padre os ha hablado?

—Si, fué toda mi respuesta.

—Entonces... nos casaremos el mes que viene.

—¿El mes que viene? respondí.

—Sin duda, me dijo, levantándose, y retirando su mano para golpearla en señal de

cia lo coloca á una altura á la que no es dado llegar á los demas; por ella domina á todos y estiende su poder á los otros reinos del órden natural.

En qué consista esta inteligencia superior, es el punto que nos va á ocupar.

Los antiguos concedian al hombre una parte celestial, una parte divina, por la que se hacia soberano de lo creado; pero esta soberania solo la debe á su perfecta organizacion.

Una doble cuestion se presenta al sentar la anterior proposicion. ¿Es la organizacion la que forma por sí al hombre moral, al hombre inteligente? ahora lo veremos.

Ya hemos dicho que el hombre fisico es en un todo igual á los demas seres, que solo algunos grados de perfeccion lo distinguen de ellos; grados que en algunas razas degradadas de la misma especie humana, son casi imperceptibles; pues bien dejemos á este hombre abandonado

alegria con la otra.

—Sin duda, contesté con gravedad, como si hiciera un juramento.

—Pues vamos á pasear por los prados, por que no puedo estar quieto. Las plantas de los pies me duelen de deseo que tengo de salir con vos, Genoveva, y de decir á todos mis conocidos, que encontremos, y que pregunten: ¿Con quien va Cipriano? Es mi promehda.

Y salimos.

Nos paseamos toda la tarde, hasta muy lejos, muy lejos, en los prados, á orillas del rio. Pepita iba con nosotros sin comprender nada, y jugando, delante y detras, con las mariposas sobre la yerba, y con los pescaditos bajo el agua. No nos hablabamos mucho mas que en casa; teníamos

asi mismo y veremos, á pesar de su organizacion, que en nada se diferencia ya de aquellos.

De aqui se deducé que un agente estraño es el que viene á dar el impulso preciso para que se desarrolle ese gérmen que se oculta en la naturaleza humana: este agente es la educacion.

Un escritor, no muy antiguo, ha dicho que el hombre moral, no es mas que educacion. En efecto, en el hombre se encuentran las facultades de sentir y pensar, facultades que no se manifiestan en él sino con la ayuda de la educacion. El hombre salvaje, que sin comunion con los demas de su especie, vaga en medio de los bosques, solo se guiará por el instinto propio de la naturaleza, solo atenderá á los dos primeros llamamientos que aquella le hace. Estos dos llamamientos son la conservacion y la reproduccion, nada encontraremos en él fuera de estos dos principios de la vida animal, y sin embargo en él hay una or-

las manos unidas siempre por la punta de los dedos como niños que van á la escuela. Esto le agradaba, y á mí tambien, y suspirábamos tanto, tanto, que la niña me decia por lo bajo: «¿Estás triste, Genoveva? ¿Para qué habra venido ese pícaro de Cipriano á incomodarte?»

Cipriano se reia cuando yo le repetia lo que habia dicho Pepita, y cuando esta estaba lejos, ponía las puntas de mi delantal sobre los ojos como si llorara; pero era para reir y para mirar riendo á Cipriano, que me apretaba el dedo. La niña venia á quitarme de los ojos el delantal, y decia: «¡Ah! os reís; era bromal»

XXVII.

No volvimos hasta muy tarde á casa aquel

